

THE UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO
LA JOLLA, CALIFORNIA

UNIVERSITY OF CALIFORNIA, SAN DIEGO



3 1822 01550 2255

PQ
6422
A2
1922
v.2

F. de Quevedo y Villegas

LOS SUEÑOS

TOMO II

MCMXXII

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

F. DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Los sueños

TOMO II

El mundo por de dentro. — Visita
de los chistes.



MADRID, 1922

EL MUNDO POR DE DENTRO

A DON PEDRO GIRON, DUQUE DE OSUNA,
MARQUES DE PEÑAFIEL, CONDE DE UREÑA

Estas burlas, que llevan en la risa disimulado algún miedo provechoso, envío para que vuecelencia se divierta de grandes ocupaciones algún rato. Pequeña es la demostración; mas yo no puedo dar más, y sólo me consuela ver que la grandeza de vuecelencia a mucho menos hace honra y merced. En la Aldea, abril 26 de 1612.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL LECTOR

COMO DIOS ME LO DEPARARE, CANDIDO O PURPÚREO,
PIO O CRUEL, BENIGNO O SIN SARNA

Es cosa averiguada, así lo siente Metrodoro Chfo y otros muchos, que no se sabe nada y que todos son ignorantes. Y aun esto no se sabe de cierto: que, a saberse, ya se supiera algo; sospéchase. Dícelo así el

doctísimo Francisco Sánchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es *Nihil scitur*: No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden a la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y éstos tienen buenos deseos y vano ejercicio: porque, al cabo, sólo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada y no estudian, porque piensan que lo saben todo. Son éstos muchos irremediables. A éstos se les ha de envidiar el ocio y la satisfacción y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada, y a éstos se les había de castigar la hipocresía con creerles la confesión. Otros hay, y en éstos, que son los peores, entro yo, que no saben nada ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada y todos dicen dellos lo mismo y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven a imprimir y sacar a luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer a las imprentas, sustentan a los libreros, gastan a los curiosos y, al cabo, sirven a las especierías. Yo, pues, como uno éstos, y no de los peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio ni haber endemoniado un alguacil, y, últimamente, escrito el Infierno, ahora salgo (sin ton ni son; pero no importa, que esto no es bailar) con el *Mundo por de dentro*. Si te agradare y pareciere bien, agradécelo a lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pare-

ciere malo, culpa mi ignorancia en escribirlo y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos.

DISCURSO

Es nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así, con vana solicitud, anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apetito, y éste nace de la ignorancia de las cosas. Pues si las conociera cuando codicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura sólo en la pretensión dellos; porque en llegando cualquiera a ser poseedor es justamente descontento. El mundo, que a nuestro deseo sabe la condición para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y la diferencia es el afeite con que más nos atrae. Con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí y ellos a nosotros.

Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me había de tener el conocimiento destas cosas, me hallé todo en poder de la confusión, poseído de la vanidad de tal manera, que en la gran población del mundo, perdido ya, corría donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversación los amigos, de una calle en otra, hecho

fábula de todos. Y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguía las pendencias pisando sangre y heridas; ya por la de la gula veía responder a los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba, siendo infinitas de tal manera confuso, que la admiración aun no dejaba sentido para el cansancio, cuando, llamado de voces descompuestas y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza.

Era un viejo venerable en sus canas, maltratado, roto por mil partes el vestido y pisado. No por eso ridículo: antes severo y digno de respeto.

—¿Quién eres—dije—, que así te confieras envidioso de mis gustos? Déjame, que siempre los ancianos aborrecéis en los mozos los placeres y deleites, no que dejáis de vuestra voluntad, sino que por fuerza os quita el tiempo. Tú vas, yo vengo. Déjame gozar y ver el mundo.

Desmintiendo sus sentimientos, riéndose, dijo:

—Ni te estorbo ni te envidio lo que desees; antes te tengo lástima. ¿Tú, por ventura, sabes lo que vale un día? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora, que, fugitiva y secreta, te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá, cuando lo hayas menester, si lo llamares? Dime: ¿has visto algunas pisadas de los días? No por cierto, que ellos sólo vuelven la cabeza a reírse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábetelo que la muerte y ellos están

eslabonados y en una cadena, y que, cuando más caminan los días que van delante de ti, tiran hacia ti y te acercan a la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada, y, según vives, antes será pasada que creída. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir, y por malo al que vive tan sin miedo della como si no la hubiese. Que éste la viene a temer cuando la padece, y, embarazado con el temor, ni halla remedio a la vida ni consuelo a su fin. Cuerdo es sólo el que vive cada día como quien cada día y cada hora puede morir.

—Eficaces palabras tienes, buen viejo. Traído me has el alma a mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de dónde y qué haces por aquí?

—Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades, en lo roto y poco medrado, y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño. Estos rasgos de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren, y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando, porque vine y por que me vaya. Que en el mundo todos decís que queréis desengaño, y, en teniéndole, unos os desesperáis, otros maldecís a quien os le dió, y los más corteses no le creéis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, ven conmigo, que yo te llevaré a la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es: que tú no alcanzas a ver sino lo que parece.

—Y ¿cómo se llama—dije yo—la calle mayor del mundo donde hemos de ir?

—Llámase—respondió—Hipocresía. Calle que empieza con el mundo y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga sino una casa, un cuarto o un aposento en ella. Unos son vecinos y otros paseantes: que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. Y, ¿ves aquél que gana de comer como sastre y se viste como hidalgo? Es hipócrita, y el día de fiesta, con el raso y el terciopelo y el cintillo y la cadena de oro, se desfigura de suerte que no le conocerán las tijeras y agujas y jabón y parecerá tan poco oficial, que aun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues, debiendo medirse con su hacienda, ir solo, por ser hipócrita y parecer lo que no es se va metiendo a caballero, y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga. Y la hidalguía y la ejecutoria le sirve sólo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas: que está más casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero, por ser señoría, no hay diligencia que no haga y ha procurado hacerse Venecia por su señoría, sino que, como se fundó en el viento para serlo, se había de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones, que lo primero que matan es a su amo de hambre con la costa y luego el rocín en que los llevan, y después, cuando mucho, una graja o un milano. Y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda cere-

monia de rey. Pues ¿qué diré de los discretos? ¿Ves aquél aciago de cara? Pues, siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal se alaba de que tiene poca memoria, quédase de melancolías, vive descontento y préciase de malregido, y es hipócrita, que parece entendido y es mentecato. ¿No ves los viejos, hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves a los niños preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas, ¿no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado. El botero, sastre del vino, porque le hace de vestir. El mozo de mulas, gentilhombre de camino. El bodegón, estado; el bodegonero, contador. El verdugo se llama miembro de la justicia, y el corchete, criado. El fullero, diestro; el ventero, huésped; la taberna, ermita; la putería, casa; las putas, damas; las alcahuetas, dueñas; los cornudos, honrados. Amistad llaman el amancebamiento; trato, a la usura; burla, a la estafa; gracia, la mentira; donaire, la malicia; descuido, la bellaquería; valiente, al desvergonzado; cortesano, al vagabundo; al negro, moreno; señor maestro, al albardero, y señor doctor, al platicante. Así, que ni son lo que parecen ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales! A toda pícaro, señora hermosa; a todo hábito largo, señor licenciado; a todo gallofero, señor soldado; a todo bien vestido, señor hidalgo; a todo capigorrón, o lo que fuere, canónigo o arcediano; a todo escribano, secreta-

rio. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines, si no es que, ignorante como tú, crea las apariencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y della nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil.

—¿Cómo me puedes tú decir ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos?

—No me espanto que eso ignores, que lo saben pocos. Oye y entenderás con facilidad eso, que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien lo confiesas. Y también confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razón de bien, y que para pecar no basta la representación de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad, y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecución, que sólo le agrava más, aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado destes se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere, y, según su natural, no pudo apetecelle sino debajo de razón de algún bien. Pues ¿hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita?, dice Job. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo, ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios. Mas el hipócrita peca

contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.

En esto llegamos a la calle mayor. Vi todo el concurso que el viejo me había prometido. Tomamos puesto conveniente para registrar lo que pasaba. Fué un entierro en esta forma: Venían envainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos pícaros, haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas. Seguían los muchachos de la dotrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataúd, chirriando la calavera. Seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando a los de la capacha, que hombreado testificaban el peso de la difunta. Detrás seguía larga procesión de amigos, que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta y devanado en una chía, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podían hallar los ojos, corvos e impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba, iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo.

—¡Dichosa mujer—dije—, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fe y el amor más allá de la vida y sepultural ¡Y dichoso viudo, que ha hallado tales amigos que no sólo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él ¿No ves qué tristes van y suspensos?

El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo:

—¡Desventurado! Eso es todo de por fuera y parece así; pero ahora lo verás por de dentro y verás con

cuánta verdad el ser desmiente a las apariencias. ¿Ves aquella luces, campanillas y mullidores, y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podrición y gusanos, se podrían excusar. Empero también los muertos tienen su vanidad y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de menos fruto y más espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra ni aun de ser cultivada con arado ni azadón. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más, sino porque atizadas a menudo se derritan más y ellos hurten más cera para vender. Estos son los que a la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues antes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real o dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿Ves la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro, y los convidados van dados al diablo con los que convidaron, que quisieran más pasearse o asistir a sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro le va diciendo que convidar a entierro y a misa cantanos, donde se ofrece, que no se puede hacer con un amigo y que el entierro sólo es convite para la tierra, pues a ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que, pudiendo él haber enterrado a su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante baraúnda y gasto de cofradías y cera, y entre sí dice que le debe poco, que, ya que se había de

morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastarle en médicos, barberos ni boticas y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con ésta, y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido, y, fiado con su mala condición y endemoniada vida, piensa doblar el capuz por poco tiempo.

Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo:

—¡Qué diferentes son las cosas del mundo de como las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos y nada creeré menos de lo que viere.

Pasó por nosotros el entierro, como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino y muda no nos dijera a todos:

«Delante voy, donde aguardo a los que quedáis, acompañando a otros que yo vi pasar con ese propio descuido.»

Apartónos desta consideración el ruido que andaba en una casa a nuestras espaldas. Entramos dentro a ver lo que fuese, y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, a seis voces, de mujeres que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecía palmeado de disciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada; las paredes, desnudas. La cuitada estaba en un aposento oscuro sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraban a tienta. Unas decían:

—Amiga, nada se remedia con llorar.

Otras:

—Sin duda goza de Dios.

Cuál la animaba a que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luego comenzaba a soltar el trapo, y llorando a cántaros decía:

—¿Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda a quien volver los ojos! ¡Quién ha de amparar a una pobre mujer sola!

Y aquí plañían todas con ella, y andaba una sonadera de narices, que se hundía la cuadra. Y entonces advertí que las mujeres se purgan en un pésame destos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme y dije:

—¡Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene a una viuda! Pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho más. Y así su nombre es de *mudas sin lengua*. Que eso significa la voz que dice *viuda* en hebreo, pues ni tiene quien hable por ella ni atrevimiento, y como se ve sola para hablar, y, aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas y peor (1).

(1) Añádese en algunas ediciones: «Mucho cuidado tuvo Dios dellas en el testamento viejo, y en el nuevo las encomendó mucho. Por san Pablo: «cómo el Señor cuida de los solos y mira lo humilde de lo «alto» «No quiero vuestros sábados y festividades, dijo por Isafas, y «el rostro aparto de vuestros inciensos, cansado me tienen vuestros «holocaustos, aborrezco vuestras calendas y solemnidades. Lavaos y «estaos limpios, quitad lo malo de vuestros deseos, pues lo veo yo. «Dejad de hacer mal, aprended a hacer bien, buscad a la justicia, «socorred al oprimido, juzgad en su inocencia al huérfano, defended «a la viuda.» Fué creciendo la oración de una obra buena en otra buena más acepta y por suma caridad puso el defender la viuda. Y está escrito con la providencia del Espíritu Santo decir: «Defended a la «viuda», porque, en siéndolo, no se puede defender, como hemos dicho, y todos la persiguen. Y es obra tan acepta a Dios ésta, que

—Esto remedian con meterse a dueñas. Pues en siéndolo, hablan de manera que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman *el que pudre*. Mirad cuáles son éstas, y si muerto, que ni las asiste, ni las guarda, ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirían cuando vivo hacía todo esto?

—Eso—respondí—es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado, y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejadme—dije al viejo—llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas a las destas mujeres.

El viejo, algo enojado, dijo:

—¿Ahora lloras, después de haber hecho ostentación vana de tus estudios y mostrádote docto y teólogo, cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras a que yo te hubiera declarado esas cosas para ver cómo merecían que se hablase dellas? Mas ¿quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que a no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe

añade el Profeta consecutivamente, diciendo: «Y si lo hiciéredes, venid y argüídme.» Y conforme a esta licencia que da Dios de que le arguyan los que hicieren bien y se apartaren del mal y socorrieren al oprimido y miraren por el huérfano y defendieren la viuda, bien pudo Job argüír a Dios, libre de las calumnias que por argüír con él le pusieron sus enemigos, llamándole por ello atrevido e impío, que lo hiciese con esta del capítulo 31, donde dice: «¿Negué yo por ventura lo que me pedían los pobrecitos? ¿Hice aguardar los ojos de la viuda?», que convienen con lo dicho, como quien dice: «Ella no puede, porque es muda, con palabras, sino con los ojos, poniendo delante su necesidad.» El rigor de la letra hebrea dice: «O consumí los ojos de la viuda», que eso hace el que no se duele del que la mira para que la socorra, porque no tiene voz para pedirle.»

dónde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aun ése lo es del todo, sino el que después de poseído usa bien dél. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de responsos, cómo por de dentro tiene una ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la oscuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos ya yesca. ¿Quiérelas consolar? Pues déjalas solas y bailarán en no habiendo con quién cumplir, y luego las amigas harán su oficio: «¡Quedáis moza y es malograros! Hombres habrá que os estimen. Ya sabéis quién es Fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc.» Otra: «Mucho debéis a don Pedro, que acudió en este trabajo. No sé qué me sospeche. Y, en verdad, que si hubiera de ser algo..., que por quedar tan niña os será forzoso...» Y entonces la viuda, muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice: «No es ahora tiempo deso. A cargo de Dios está: él lo hará, si viere que conviene.» Y advertid que el día de la viudez es el día que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago. Y le hace comer un bocado, y ella lo come, diciendo: «Todo se vuelve ponzoña.» Y medio mascándolo dice: «¿Qué provecho puede hacer esto a la amarga viuda, que estaba hecha a comer a medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá

de comer todas enteras sin dar parte a nadie de puro desdichada? Mira, pues, siendo esto así, qué a propósito vienen tus exclamaciones.

Apenas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos a ver qué fuese. Y era un alguacil, el cual, con sólo un pedazo de vara en la mano y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al rey, favor a la justicia, tras un ladrón, que en seguimiento de una iglesia, y no de puro buen cristiano, iba tan ligero como pedía la necesidad y le mandaba el miedo.

Atrás, cercado de gente, quedaba el escribano ileno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenía una resma al cabo.

Pregunté la causa del alboroto. Dijeron que aquel hombre que huía era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito, y, por no dejarlo a otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele, después de haberse dado muchas puñadas, y viendo que venía gente, encomendóse a sus pies y fuése a dar cuenta de sus negocios a un retablo.

El escribano hacía la causa, mientras el alguacil con los corchetes, que son podencos del verdugo que siguen ladrando, iban tras él y no le podían alcanzar. Y debía de ser el ladrón muy ligero, pues no le podían alcanzar soplones, que por fuerza corrían como el viento.

—¿Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues, porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas, ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo. Mírale cuál va roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar aquel delincuente y quitar un tropezón a la paz del pueblo.

—Basta—dijo el viejo—. Que si no te van a la mano dirás un día entero. Sábetete que ese alguacil no sigue a este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que, como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pie delante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió, siendo su amigo, si era delincuente. Que no hace mal el que come de su hacienda; antes hace bien y justamente. Y todo delincuente y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil y le es lícito comer della. Estos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para éstos y para el infierno es estéril. Y no sé cómo, aborreciéndolos el mundo tanto, por venganza dellos no da en ser bueno adrede por uno o por dos años, que de hambre y de pena se morirían. Y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú.

—Ya que en eso pongas también dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano, que le hace la causa, calificada con testigos?

—Ríete deso—dijo—. ¿Has visto tú alguacil sin escribano algún día? No, por cierto. Que, como ellos

salen a buscar de comer, porque (aunque topen un inocente) no vaya a la cárcel sin causa, llevan escribano que se la haga. Y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa. Y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos como tuviere gotas de tinta el tintero: que los más en los malos oficiales los presenta la pluma y los examina la cudicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como había de andar el mundo, mejor fuera y más importara que el juramento, que ellos toman al testigo que jure a Dios y a la cruz decir verdad en lo que le fuere preguntado, que el testigo se lo tomara a ellos de que la escribirán como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres días los echa a la orilla. Bien me parece a mí un escribano a caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo detrás de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que, cuando el pregonero dice: «A estos hombres por ladrones», que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano.

Más dijera si no le tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado, que parecía porfiaba a sacarla de husillo, pretendiendo parecer tan grave, que a las cuatro bestias aun se lo parecía, según el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos y avariento de miraduras, ahorrando cortesías con to-

dos, sumida la cara en un cuello abierto hacia arriba, que parecía vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabía por dónde volverse a hacer una cortesía ni levantar el brazo a quitarse el sombrero, el cual parecía miembro, según estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufón en el coche entreteniéndole.

—Para ti se hizo el mundo—dije yo luego que le vi—, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! ¡Qué lucidal! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero!

—Todo cuanto piensas—dijo el viejo—es disparate y mentira, y cuanto dices, y sólo aciertas en decir que el mundo sólo se hizo para éste. Y es verdad, porque el mundo es sólo trabajo y vanidad, y éste es todo vanidad y locura. ¿Ves los caballos? Pues comiendo se van, a vueltas de la cebada y paja, al que la fía a éste y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer, que si lo ganara cavando. ¿Ves aquel bufón? Pues has de advertir que tiene por bufón al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres destes ricos, que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Va aquél tan contento, porque el truhán le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si

ello fuera así. Y diferencian muy poco, porque el uno es juglar del otro. Desta suerte el rico se ríe con el bufón, y el bufón se ríe del rico porque hace caso de lo que lisonjea.

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban y dejando los corazones llenos de deseos. Iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro a los que ya la habían visto y descubriéndole a los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba por velo, tal vez por tejadillo (1). Ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacía brújula mostrando un ojo solo, y, tapada de medio lado, descubría un tarazón (2) de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas a las sienes. El rostro era nieve y grana y rosas que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas. Los dientes transparentes y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones. El talle y paso, ocasionando pensamientos lascivos. Tan rica y galana como cargada de joyas recibidas y no compradas. Vila, y, arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demás, y, a no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás, diciendo:

—Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa no estima a la Naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasión, y sabio el que la goza. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer, que nació para ama-

(1) La postura del manto de las mujeres encima de la frente, dejándola descubierta.

(2) Pedazo.

da del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras, esforzando recíprocamente la blancura de la frentel ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admiral ¡Qué labios encarnados, guardando perlas, que la risa muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talle! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella.

—¿Qué más le queda a la edad que decir y al apetito que desear?—dijo el viejo—. Trabajo tienes, si con cada cosa que ves haces esto. Triste fué tu vida; no naciste sino para admirado. Hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que también eres loco, y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo que Dios te dió los ojos ni cuál es su oficio: ellos han de ver, y la razón ha de juzgar y elegir; al revés lo haces, o nada haces, que es peor. Si te andas a creerlos, padecerás mil confusiones, tendrás las sierras por azules, y lo grande por pequeño, que la longitud y la proximidad engañan la vista. ¡Qué río caudaloso no se burla della, pues para saber hacia dónde corre es menester una paja o un ramo que se lo muestre! ¿Viste esa visión, que acostándose fea se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten, en despertando, es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves

en ellas es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran. Los dientes que ves y la boca era, de puro negra, un tintero, y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios, y cada uno es una candelilla. ¿Las manos? Pues lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una mujer, que ha de salir otro día a que la vean, echarse la noche antes en adobo, y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y a la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿Qué es ver una fea o una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estásla mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras, no las conocerías. Y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan a la pastilla y al sahumero o aguas de olor, y a veces los pies disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígame que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahitos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo de la cama en los chapines; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame a entender de qué modo es buena, y

considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, a quien hacen poderoso nuestras necesidades, más provechosas, sufridas o castigadas, que satisfechas, y verás tus disparates claros. Considérala padeciendo los meses, y te dará asco, y, cuando está sin ellos, acuérdate que los ha tenido y que los ha de padecer, y te dará horror lo que te enamora, y avergüénzate de andar perdido por cosas que en cualquier estatua de palo tienen menos asqueroso fundamento.

Mirando estaba yo confusión de gente tan grande, cuando dos figurones, entre pantasma y colosos, con caras abominables y facciones traídas, tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron:

—Ea, gente cuerda, alto a la obra.

No lo hubieron dicho, cuando de todo el mundo, que estaba al otro lado, se vinieron a la sombra de la cuerda muchos, y, en entrando, eran todos tan diferentes, que parecía transmutación o encanto. Yo no conocí a ninguno.

—¡Válgate Dios por cuerda—decía yo—, que tales tropelías haces!

El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes, con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían a sollozos mirando mi confusión.

—Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más sirena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto, y, en entrando aquí, ha desatado las coyunturas, mira de par en par, y por los ojos está disparando las

entrañas a aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras, las manos en tecleados de moño.

—¿Qué te ha dado, mujer? ¿Eres tú la que yo vi allí?

—Sí es—decía el vejete con una voz tropicada en toses y con juanetes de gargajos—, ella es; mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades.

—Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferre-ruelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneración—dije yo—, ¿cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras? Montero de necesidades, que las arma trampas, y perpetuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros.

—Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda.

—¡Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virginidades, solicitando deshonoras y facilitando maldades, yo lo conocí, a la orilla de la cuerda, dignidad gravísima.

—Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones—respondió mi ayo.

—Aquel que anda allí juntando bregas, azuzando pependencias, revolviendo caldos, aumentando cizañas y calificando porfías y dando pistos a temas desmayadas, yo lo vi fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas?

—Ya te lo he dicho—dijo el buen caduco—. Ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste a la brida en mula tartamuda de paso, con ropilla y ferreruelo y guantes y receta, dando jarabes, cuál anda aquí a la brida en un basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas, que allí parecía que curaba. Aquí por debajo de la cuerda está estirando las enfermedades para que den de sí y se alarguen, y allí parecía que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera a la vista de aquel ministro, mirando las zalemas de los otros para excederlas, rematando las reverencias en desaparecimientos; tan bajas las hacía por pujar a otros la ceremonia, que tocaban en de buces. ¿No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones y negociar de puro humilde a lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amén sonoro y anticipado a todos los otros bergantes a cuanto el patrón dice y contradice? Pues mírale allí por debajo de la cuerda royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la barba y de los entretenimientos de la jeta. ¿Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundía el barrio: «Cierren esa puerta, qué cosa es ventanas, no quiero coche, en mi casa me como, calle y pase,

que así hago yo», y todo el séquito de la negra honra? Pues mírale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabriniientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrido con una promesa, y los negocios, que se le ofrecen cuando le ofrecen: cómo vuelve a su casa con un esquilón por tos tan soncra, que se oye a seis calles. ¡Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra, y qué nota en lo que pide y le falta, qué sospechoso es de los pobres, y qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos, qué a raíz tiene el ceño de los que no pueden más, y qué a propósito las jornadas para los precipitados de dádival ¿Ves aquel bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado y arremetiéndose a hermano, que acude a sus enfermedades y a sus pleitos y que le prestaba y le acompañaba? Pues mírale por debajo de la cuerda añadiéndole hijos y embarazos en la cabeza y trompicones en el pelo. Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino, que parece mal que entre a cosas semejantes en casa de su amigo, donde le admiten y se fían dél y le abren la puerta a todas horas, él responde: «Pues qué: ¿queréis que vaya donde me aguarden con una escopeta, no se fían de mí y me niegan la entrada? Eso sería ser necio, si estotro es ser bellaco.

Quedé muy admirado de oír al buen viejo y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo, y entonces dije entre mí:

—Si a tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales los hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venían de la otra parte del mundo a declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego a la postre vi otra maravilla: que siendo esta cuerda de una línea invisible, casi debajo della cabían infinitas multitudes, y que hay debajo de cuerda en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos oficios. Y yo lo veo por mí, que ahora escribo este discurso, diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerda doy un jabón muy bueno a los que prometí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo:

—Forzoso es que descanses. Que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente.

Yo tal estaba, que di conmigo en el sueño y en el suelo obediente y cansado.

VISITA DE LOS CHISTES

A DOÑA MIRENA RIQUEZA

Harto es que me haya quedado algún discurso después que vi a vuesa merced, y creo que me dejó éste por ser de la muerte. No se lo dedico por que me lo ampare; llévoselo yo por que le mejore. Designio interesado es el mío, para la enmienda de lo que puede estar escrito con algún desaliño, o imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo a encarecer la invención por no acreditar me de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina. Si me han aprovechado el estudio y la diligencia, le remito a la censura que vuesa merced hiciera dél, si llega a merecer que le mire. Y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios a vuesa merced, que lo mismo hiciera yo.

En la prisión y en la Torre, a 6 de abril de 1622.

A QUIEN LEYERE

He querido que la muerte acabe mis discursos como las demás cosas. Quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño; no me queda ya que soñar. Y si en la *Visita de los chistes* no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré siete durmiente de las tales figuras. *Vale.*

DISCURSO

Están siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos, la desesperación cobarde y la tristeza, esperando coger a solas a un desdichado para mostrarse alentados con él. Propia condición de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia y de su vileza. Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prisión. Pues habiendo, o por acariciar mi sentimiento o por hacer lisonja a mi melancolía, leído aquellos versos que Lucrecio escribió con tan animosas palabras, me vencí de la imaginación, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido o escandalizado. Para que la confesión de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo

por introducción a mi discurso la voz del poeta divino, que suena así, rigurosa con amenazas tan elegantes:

*Denique si vocem rerum natura repente
Mittat et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris
Luctibus indulges? Quid mortem congemis ac fles?
Nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,
Et non omnia pertusum congesta quasi in vas
Commoda perfluxere atque ingrata interiere:
Cur non, ut plenus vitae, conviva, recedis?
Aequo animoque capis securam, stulte, quietem?*

Entróseme luego por la memoria de rondón Job dando voces y diciendo:

Al fin, hombre nacido
De mujer flaca, de miserias lleno,
A breve vida como flor traído,
De todo bien y de descanso ajeno,
Que, como sombra vana,
Huye a la tarde y nace a la mañana.

Con este conocimiento propio acompañaba luego el de la vida, que hicimos, diciendo:

Guerra es la vida del hombre
Mientras vive en este suelo,
Y sus horas y sus días,
Como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideración, me vi a los pies de los desengaños, rendido, con lastimoso

sentimiento y con celo enojado, repetí a éstos en la fantasía:

¡Qué perezosos pies, qué entretenidos
 Pasos lleva la muerte por mis daños!
 El camino me alargan los engaños
 Y en mí se escandalizan los perdidos.
 Mis ojos no se dan por entendidos,
 Y, por descaminar mis desengaños,
 Me disimulan la verdad los años
 Y les guardan el sueño a los sentidos.
 Del vientre á la prisión vine en naciendo,
 De la prisión iré al sepulcro amando,
 Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo:
 Cuantos plazos la muerte me va dando,
 Prolijidades son, que va creciendo,
 Porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas y respuestas, fatigado y combatido (sospecho que fué cortesía del sueño piadoso, más que de natural), me quedé dormido. Luego que desembarazada el alma se vió ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió desta manera la comedia siguiente, y así la recitaron mis potencias a oscuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos a caballo en unas mulas, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual, de manera que los dueños iban encima en mareta y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios; las bocas emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un brazo; sayos con resabios de vaqueros; guan-

tes en infusión, doblados como los que curan; sortijón en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran éstos en gran número, y todos rodeados de platican-cantes, que cursan en lacayos, y, tratando más con las mulas que con los doctores, se gradúan de médicos. Yo, viéndolos, dije:

—Si éstos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan a nosotros.

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que éstos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios (1) tengan telarañas, los dan, y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del doctor, y acabase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios. Son armeros de los doctores: ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra y que no aluda a armas ofensivas. Jarabes que antes les sobran letras para jara (2), que les faltan. Botes se dicen los de pica; espátulas son espadas en su lengua; píldoras son balas; clísteres y melecinas, cañones; y así se llaman cañón de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, y ellos los infiernos, los enfermos los condenados y los mé-

(1) Emplasto.

(2) Saeta o palo arrojadizo.

dicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaetadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los doctores hablan a los boticarios diciendo: *Recipe*, que quiere decir *recibe*. De la misma suerte habla la mala madre a la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaetadas por delincuentes, y luego *Ana*, *Ana* (1), que juntas hacen un Annás para condenar a un justo! Síguense onzas y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Bupthálmus*, *opopánax*, *leontopétalon*, *tragoríganum*, *potamogéton senos pugillos*, *diacathalicón*, *petroselinum*, *scilla* y *rapa*. Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos y perejil y otras suiedades. Y como han oído decir que «Quien no te conoce te compre», disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las comprenden los enfermos. *Elingatis* dicen lo que es lamer; *catapotia*, las píldoras; *clyster*, la melecina; *glans* o *balanus*, la cala, y *errhinae*, el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen a los enfermos, se huyen las enfermedades.

(1) Cifra con que los médicos denotan que sean de peso o partes guales los ingredientes de una receta.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya, de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillén Servén y verse convertir en baúl una pierna o muslo donde él está? Cuando vi a éstos y a los doctores, entendí cuán mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refrán: «Mucho va del c... al pulso»; que antes no va nada, y sólo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal a preguntar a los meados lo que no saben; porque Galeno los remitió a la cámara y a la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan a la oreja, avahándose los barbones con su niebla. ¿Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacín, y su dicho a la edentina? No les espere un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas, destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oía una voz muy dolorosa a mis oídos, que decía:

—Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, ajigota, rebana, descarna y abrasa.

Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacían con los cauterios y tientas. Unos huesos se me creían entrar de miedo dentro de otros. Híceme un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes, haciendo bragueros, y en esto

conocí que eran sacamuélas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas y no ver diente, que no quieran ver antes en su collar que en las quijadas, desconfían a las gentes de Santa Polonia, levantan testimonios a las encías y desempie-dran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos, como si fueran ratones, y pedir dineros, por sacar una muela, como si la pusieran.

—¿Quién vendrá acompañado desta maldita canalla?—decía yo.

Y me parecía que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegréme un poco. Tocaban todos pasacalles y vacas. Que me maten si no son barberos. Ellos, que entran. No fué mucha habilidad el acertar. Que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra gratis data. Era de ver puntear a unos y rasgar a otros. Yo decía entre mí:

—¡Dolor de la barba, que ensayada en saltarenes se ha de ver raspar, y del brazo, que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folías!

Consideré que todos demás ministros del martirio, inductores de la muerte, estaban en mala moneda y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solos los barberos se habían trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra y lo que se huelgan con un testuz én el lavatorio.

Luego comenzó a entrar una gran cantidad de gente. Los primeros eran habladores. Parecían azudas

en conversación, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilván, otros a borbotones, otros a chorretadas, otros habladorísimos hablaban a cántaros. Gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de día ni de noche. Gente que habla entre sueños, y que madruga a hablar. Había habladores secos y habladores que llaman del río o del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla; gente que se va de palabras como de cámaras, que hablan a toda furia. Había otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hacia todas partes y tirando manotadas y coces. Otros, jimios, haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo a los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia. Y andaban hechos uñas de las vidas ajenas, espulgándolos a todos. Venían tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños y bien vestidos y medrados, que, no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venían los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venían ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio. Son lapas de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venían los postreros, según pa-

reció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venían tan apartados, y dijéronme unos habladores, sin preguntarlo yo a ellos:

—Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos.

En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todas colores. Por el un lado era moza y por el otro era vieja. Unas veces venía despacio y otras apriesa. Parecía que estaba lejos y estaba cerca. Y cuando pensé que empezaba a entrar, estaba ya a mi cabecera.

Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque, bien mirado, era figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome:

—La muerte.

¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué al corazón algún aliento para respirar, y, muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije:

—Pues ¿a qué vienes?

—Por ti—dijo.

—¡Jesús mil veces! Muérome según eso.

—No te mueres—dijo ella—; vivo has de venir con-

migo a hacer una visita a los difuntos. Que pues han venido tantos muertos a los vivos, razón será que vaya un vivo a los muertos y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo.

Perdido de miedo, le dije:

—¿No me dejarás vestir?

—No es menester—respondió—. Que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa. Yo traigo los trastos de todos, por que vayan más ligeros.

Fuí con ella donde me guiaba. Que no sabré decir por dónde, según iba poseído del espanto. En el camino le dije:

—Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña.

Paróse y respondió:

—Eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos. Estos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte. Y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo. Y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro, y viérades que todas vuestras casas están llenas della y que en vuestro lugar hay tantas muertes

como personas, y no la estuviéradés aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros, y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser.

—Dime—dije yo—: ¿qué significan éstos que te acompañan, y por qué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos?

Respondióme:

—Mucha más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del excés o des-templanza de humores; pero, lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan. Y así no habéis de decir, cuando preguntan: «¿De qué murió Fulano?», de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas, sino murió de un dotor Tal que le dió, de un dotor Cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos, en villanos. Yo he visto sastres y albañiles con don y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares. Sólo de los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos.

En esto llegamos a una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zabullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban

a la entrada tres bultos armados a un lado y otro monstruo terrible enfrente, siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno y el uno con los tres.

Paróse la Muerte, y díjome:

—¿Conoces a esta gente?

—Ni Dios me la deje conocer—dije yo.

—Pues con ellos andas a las vueltas—dijo ella—desde que naciste. Mira cómo vives—replicó—. Estos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquél, éste es el Diablo y aquélla la Carne.

Y es cosa notable que eran todos parecidos unos a otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte:

—Son tan parecidos, que en el mundo tenéis a los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio. Y así anda todo.

—¿Quién es—dije yo—aquel que está allí apartado, haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?

—Ese es—dijo la Muerte—el Dinero, que tiene puesto pleito a los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo, en que todos decís: «Diablo es el dinero» y que «Lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo», «Endiablada cosa es el dinero».

Para ser el Mundo, dice que vosotros decís que «No hay más mundo que el dinero», «Quien no tiene dinero, váyase del mundo»; al que le quitan el dinero

decís que «Le echan del mundo», y que «Todo se da por el dinero».

Para decir que es la carne el dinero, dice el Dinero: «Dígalo la Carne», y remítese a las putas y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.

—No tiene mal pleito el Dinero—dije yo—, según se platica por allá.

Con esto, nos fuimos más abajo, y, antes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega, me dijo:

—Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías.

Abrióse la puerta, y estaban a un lado el infierno y el que llaman juicio de Minos, así me dijo la Muerte que se llamaban. Estuve mirando al infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte:

—¿Qué miras?

—Miro—respondí—al Infierno, y me parece que le he visto otras veces.

—¿Dónde?—preguntó.

—¿Dónde?—dije—. En la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes. Y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatrerros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oír misa. Y lo que más he estimado es haber visto el juicio de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesía tall

—decía yo—. Si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creídas, sombra o señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener deste juicio, buena anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba, viendo que, siendo este el juicio, se está aquí casi entero, y que poca parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.

Con esto bajamos a un grandísimo llano, donde parecía estaba depositada la escuridad para las noches. Díjome la Muerte:

—Aquí has de parar, que hemos llegado a mi tribunal y audiencia.

Aquí estaban las paredes colgadas de pésames. A un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creídas y no esperadas; el llanto, en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios y desacreditado en los pobres. El dolor se había desconsolado y creído, y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida a dueña, que la quise llamar Alvarez o González. En ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida. Los dientes, con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno, los tenía amarillos y gastados. Y es la causa que lo bueno y santo, para morderlo no llega a los dientes; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacía de su vientre, y creo que es su hija legítima. Esta, huyendo de los casados, que siem-

pre andan a voces, se había ido a las comunidades y colegios, y, viendo que sobraba en ambas partes, se fué a los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbia y odio demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre había sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entonces en que los ángeles, para ser diablos, fueron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones.

—¿Quién diablos—dije yo—está lloviendo maldiciones aquí?

Díjome un muerto que estaba a mi lado:

—¿Maldiciones queréis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: «Mal haya quien me casó», «Mal haya quien con vos me juntó», y los más, «Mal haya quien me vistió»?

—¿Qué tiene que ver—dije yo—sastres y casamenteros en la audiencia de la Muerte?

—¡Pesia tal! —dijo el muerto, que era impaciente—. ¿Estáis loco? Que, si no hubiera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? ¡A mí me lo decid, que soy marido! Cinco, como bolo, y se me quedó allá la mujer, y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres, ¿a quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar a la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del sastre, y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis.

Alcé los ojos y vi la Muerte en su trono, y a los lados,

muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frío, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenía, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, a Píramo y Tisbe, embalsamados, y a Leandro y Hero y a Macías, en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y, a puros milagros del interés, resucitaban.

En la muerte de frío vi a todos los ricos, que, como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino a sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede y mueren de frío.

La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren a sus mismas manos, y sus sayones con sus conciencias, y ellos son verdugos de sí mismos, y sólo un bien hacen en el mundo, que, matándose a sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios a los inocentes. Estaban con ellos los avarientos, cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro.

La muerte de risa era la postrera, y tenía un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos. Gente que vive como si no hubiese justicia y muere como si

no hubiese misericordia. Estos son los que, diciéndoles: «Restituid lo mal llevado», dicen: «Es cosa de risa.» «Mirad que estáis viejo y que ya no tiene el pecado que roer en vos: dejad la mujercilla que embarzáis inútil, que cansáis enfermo; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso y la misma culpa tiene asco de vos.» Responden: «Es cosa de risa, y que nunca se sintieron mejores.» Otros hay que están enfermos, y exhortándolos a que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo y aun no se persuaden a que son difuntos.

Maravillóme esta visión, y dije, herido del dolor y conocimiento:

—¡Díonos Dios una vida sola y tantas muertes!
¡De una manera se nace y de tantas se muere!
Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar a vivir.

En esto estaba, cuando se oyó una voz que dijo tres veces:

—Muertos, muertos, muertos.

Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron a salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en orden con silencio.

—Hablen por su orden—dijo la Muerte.

Luego salió uno con grandísima cólera y priesa y se vino para mí, que entendí que me quería maltratar, y dijo:

—Vivos de Satanás, ¿qué me queréis. que no me dejáis muerto y consumido? ¿Qué os he hecho que,

sin tener parte en nada, me difamáis en todo y me echáis la culpa de lo que no sé?

—¿Quién eres —le dije con una cortesía temerosa— que no te entiendo?

—Soy yo —dijo— el malaventurado *Juan de la Encina*, el que, habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andáis, en haciéndose un disparate, o en diciéndole vosotros, diciendo: «No hiciera más *Juan de la Encina*; daca los disparates de *Juan de la Encina*.» Habéis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois *Juan de la Encina*, y que este apellido de Encina es muy largo en cuanto a disparates. Pero pregunto si yo hice los testamentos en que dejáis que otros hagan por vuestra alma lo que no habéis querido hacer. ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñime la barba por no parecer viejo? ¿Fuí viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenía? ¿Enamoréme con mi dinero y el quitarme lo que tenía? ¿Entendí yo que sería bueno para mí el que a mi intercesión fué ruín con otro que se fió dél? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir, y, cuando tuve con qué, no tuve vida que vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fuí yo tan miserable que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico o medrase? ¿He creído las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos a los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Hemepreciado de hereje y de malreglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fuí desvergonzado por campear de valien-

te? Pues si *Juan de la Encina* no ha hecho nada desto, ¿qué necedades hizo este pobre *Juan de la Encina*? Pues en cuanto a decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamáis disparates los míos y parates los vuestros, pregunto yo: ¿*Juan de la Encina* fué acaso el que dijo: «Haz bien y no cates a quién» habiendo de ser al contrario: «Si hicieres bien, mira a quién»? ¿Fué *Juan de la Encina* quien, para decir que uno era malo, dijo: «Es hombre que ni teme ni debe», habiendo de decir que ni teme ni paga? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad, ni temer ni pagar. ¿Dijo *Juan de la Encina*: «De los pescados, el mero; de las carnes, el carnero; de las aves, la perdiz; de las damas, la Beatriz»? No lo dijo, porque él no dijera sino: «De las carnes, la mujer; de los pescados, el carnero; de las aves, el Ave María, y después la presentada; de las damas, la más barata.» Mirad si es desbaratado *Juan de la Encina*: no prestó sino paciencia, no dió sino pesadumbres; él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer *Juan de la Encina*, desnudo por no tratar con sastres, que se dejó quitar de la hacienda por no haber menester letrados, que se murió antes de enfermo que de curado, para ahorrar-se el médico? Sólo un disparate hizo, que fué, siendo calvo, quitar a nadie el sombrero, pues fuera menos mal ser descortés que calvo, y fuera mejor que le mataran a palos porque no se quitaba el sombrero, que no a apodos porque era calvario. Y si por hacer una necedad anda *Juan de la Encina* por todos esos

púlpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, enhoramala para ellos, que todo el mundo es monte y todos son Encinas.

En esto estábamos, cuando, muy estirado y con gran ceño, emparejó otro muerto conmigo, y dijo:

—Volved acá la cara; no penséis que habláis con *Juan de la Encina*.

—¿Quién es vuesa merced —dijo yo—, que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferencia?

—Yo soy —dijo— el *Rey que rabió*. Y si no me conocéis, por lo menos no podéis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que a todo decís que se acuerda del *Rey que rabió*, y en habiendo un paredón viejo, un muro caído, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decís que se acuerda del *Rey que rabió*. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones. Y ni ha habido rey de tan mala memoria ni tan asquerosa ni tan carroña ni tan caduca, carcomida y apollillada. Han dado en decir que rabié, y juro a Dios que mienten; sino que han dado todos en decir que rabié, y no tiene ya remedio. Y no soy yo el primero rey que rabió ni el solo, que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, a quien no levanten que rabie. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes. Porque andan siempre mordidos por las orejas de envidiosos y aduladores que rabian.

Otro, que estaba al lado del *Rey que rabió*, dijo:

—Vuesa merced se consuele conmigo, que soy el *rey Perico*, y no me dejan descansar de día ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del *rey Perico*. Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fuí yo y mi tiempo y quién son ellos, no es menester mas que oílos, porque en diciendo a una doncella ahora la madre: «Hija, las mujeres, bajar los ojos y mirar a la tierra, y no a los hombres», responden: «Eso fué en tiempo del *rey Perico*; los hombres han de mirar a la tierra, pues fueron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fueron hechas dél.» Si un padre dice a su hijo: «No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición a la mesa», dice que: «Eso se usaba en tiempo del *rey Perico*.» Ahora le tendrán por un maricón si sabe persignarse, y se reirán dél si no jura y blasfema. Porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura que al que tiene barbas.

Al que acabó de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía, dijo:

—Basta lo que han hablado, que somos muchos y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido.

—No dijera más *Mateo Pico*, y vengo a eso sólo.

—Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo *Mateo Pico*, que luego andáis *si dijera más, no dijera más?* ¿Cómo sabéis que no dijera más *Mateo Pico*? Dejadme tornar a vivir sin tornar a nacer: que no me hallo bien en barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras

maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos, ¿no dijera más? Dijera más y más, y dijera tanto, que enmendárades el refrán, diciendo: «Más dijera *Mateo Pico*.» Aquí estoy, y digo más, y avisad desto a los habladores de allá; que yo apelo deste refrán con las mil y quinientas.

Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo *Mateo Pico*. Era un hombrecillo menudo, todo chillido, que parecía que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas, zambo de ojos y bizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullía en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafón, y poco a poco se fueron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y éstas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y, al fin, se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que había visto y pasado me olvidé, y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos.

—¡Jesús mil veces!—dije—. ¿Qué hombre es éste, nacido en guisado, hijo de una redoma?

En esto, oí una voz que salía de la vasija, y dijo:

—¿Qué año es éste?

—De seiscientos y veintidós—respondí.

—Este año esperaba yo.

—¿Quién eres—dije—, que, parido de una redoma, hablas y vives?

—¿No me conoces?—dijo—. La redoma y las taja-

das, ¿no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?

—Toda mi vida lo he oído decir—le respondí—; mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijes y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo más que llegué a sospechar fué que eras algún alquimista, que penabas en esa redoma, o algún boticario. Todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.

—Sábetete—dijo—que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; sólo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los míos quemaron, no sin dolor de los doctos.

—Sí, me acuerdo—dije yo—. Oído he decir que estás enterrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.

—Ya que has venido aquí—dijo—, desatapa esa redoma.

Yo empecé a hacer fuerza y a desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome:

—Espera. Dime primero: ¿hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?

Respondíle:

—No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas y a chupones se empezaron a secar las minas.

—¿Ginoveses andan a la zacapela con el dinero?
—dijo él—. Vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones porque sólo el dinero que va a Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenía yo, andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar antes que verlos hechos dueños de todo.

—Señor nigromántico—repliqué yo—, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores y enferman de príncipes. Y con esto y los gastos y empréstitos se apolilla la mercancía y se viene todo a repartir en deudas y locuras. Y ordena el demonio que las putas vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y después los hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra; en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.

—Animádome has—dijo—con eso. Dispondréme a salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.

—Mucho hay que decir en esto—le respondí yo—. Tocado has una tecla del diablo. Todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos estados, y la honra se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estadios debajo tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra

honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan a uno, lo mismo dicen; que un hombre honrado antes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse a nadie; y todo lo hacen al revés. Y al fin en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra a la comodidad, y con presumir de honrados y no serlo se ríen del mundo.

—El diablo puede salir a vivir en ese mundecillo —dijo él—. Considérome yo a los hombres con unas honras títeres, que chillan, bullen y saltan, que parecen honras, y mirando bien son andrajos y palillos. ¿El no decir verdad será mérito? ¿El embuste y la trapa-za, caballería? ¿Y la insolencia, donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos a los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de malbebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por dónde subía a las cabezas, y ahora parece que se sube hacia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno a sus agujas. Hay maridos calzadores, que los meten para calzarse la mujer con más descanso y sacarlos fuera ellos. Hay maridos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche a oscuras parecen estrellas, y llegados de cerca son candelilla, cuerno y hierro, rata por cantidad. Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen, y llegando se apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres, cuando piden su honra, que es pedir lo que dan. Y si creemos a la

gente y a los refranes que dicen: «Lo que arrastra honra», la honra del marido son las culebras y las faldas. No estoy dos dedos de volverme jigote, dijo el nigromántico, para siempre jamás: no sé qué me sospecho. Dime, ¿hay letrados?

—Hay plaga de letrados—dije yo—. No hay otra cosa sino letrados. Porque unos lo son por oficio, otros lo son por presunción, otros por estudio, y éstos pocos, y otros (éstos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de doctores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con quien tratan que por las Universidades, y valiera más a España langosta perpetua que licenciados al quitar.

—Por ninguna cosa saldré de aquí—dijo el nigromántico—. ¿Eso pasa? Ya yo los temía, y por las estrellas alcancé esa desventura, y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados me avencidé en esta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote.

Repliqué:

—En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenía menos doctores, y hala sucedido lo que a los enfermos, que cuantas más juntas de doctores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana menos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada como especias. Un Fuero-Juzgo con su *maguer* y su *cuemo* y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías. Y aunque son voces antiguas, suenan con mayor pro-

piedad, pues llaman sayón al alguacil y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado una cáfila de Menoquios, Surdos y Fabros, Farinacios y Cujacios, consejos y decisiones y respnsiones y lecciones y meditaciones. Y cada día salen autores, y cada uno con tres volúmenes: *Doctoris Putei*, 1. 6, vol. 1, 2, 3, 4, 5, 6 hasta 15; *Licenciati Abbatis De Usuris*; *Petri Cusqui In Codicem*; *Rupis, Brutiparcin, Castani*; *Montocanense De Adulterio et Parricidio*; *Cornazano, Rocabruno*, etc. Los letrados todos tienen un cimiterio por librería, y por ostentación andan diciendo: «Tengo tantos cuerpos.» Y es cosa brava que las librerías de los letrados todas son cuerpos sin alma, quizá por imitar a sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; sólo lo que no dejan tener a las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben a uno se lo han de pagar a él, que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Queréis ver qué tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados no hubiera porfías; y si no hubiera porfías no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores no hubiera enredos; y si no hubiera enredos no hubiera delitos; y si no hubiera delitos no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel no hubiera jueces; y si no hubiera jueces no hubiera pasión; y si no hubiera pasión no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas

que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza y lo que autoriza una gorra. Llegaréis a pedir un parecer, y os dirán: «Negocio es de estudio. Diga vuesa merced que ya estoy al cabo. Habla la ley en propios términos.» Toman un quintal de libros, danle dos bofetadas hacia arriba y hacia abajo, y leen de priesa, arremedando un abejón; luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: «En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesa merced me deje los papeles, que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana en la noche. Porque estoy escribiendo sobre la tenuta de Trasbarras; mas por servir a vuesa merced lo dejaré todo.» Y cuando al despediros le queréis pagar, que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver, dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: «¡Jesús, señor!» Y entre Jesús y señor alarga la mano, y para gastos de pareceres se embo-ca un doblón.

—No he de salir de aquí—dijo el nigromántico— hasta que los pleitos se determinen a garrotazos. Que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas a cuchilladas, decían que el palo era alcalde, y de ahí vino: «Júzguelo el alcalde de palo.» Y si he de salir, ha de ser sólo a dar arbitrio a los reyes del mundo; que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados a su enemigo para que lo embelequen y roben y consuman. Dime, ¿hay todavía Venecia en el mundo?

—Sí la hay—dije yo—: no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.

—¡Oh! Doyla al diablo—dijo el nigromántico—por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla a nadie sino por hacerle mal. Es república esa que mientras que no tuviere conciencia durará. Porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gentel La ciudad fundada en el agua; el tesoro y la libertad, en el aire; la deshonestidad, en el fuego. Y, al fin, es gente de quien huyó la tierra y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra. Y el turco los permite por hacer mal a los cristianos; los cristianos, por hacer mal a los turcos, y ellos, por poder hacer mal a unos y a otros, no son moros ni cristianos. Y así dijo uno dellos mismos en una ocasión de guerra, para animar a los suyos contra los cristianos: «Ea, que antes fuistéis venecianos que cristianos.» Dejemos eso, y dime: ¿hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?

—Enfermedad es—dije yo—esa de que todos los reinos son hospitales.

Y él replicó:

—Antes casas de orates entendí yo; mas según la relación que me haces, no me he de mover de aquí. Mas quiero que tú les digas a esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va: así sucede a los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud: así son los ánimos por

la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando: así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque, si no, es fuerza que tiemblen después hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber, que me quiero volver a jigote, que me hallo mejor?

—Murió Filipo III—dije yo.

—Fué santo rey y de virtud incomparable—dijo el nigromántico—, según leí yo en las estrellas pronosticado.

—Reina Filipo IV días ha—dije yo.

—¿Eso pasa?—dijo—. ¿Que ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba?

Y diciendo y haciendo subió por la redoma y la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo:

—Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo:

—Déjale ir. Que nos tenía con cuidado a todos. Y cuando vayas al otro mundo, di que *Agrages* estuvo contigo, y que se queja que le levantéis: *Ahora lo veredes*. Yo soy *Agrages*. Mira bien que no he dicho tal. Que a mí no se me da nada que ahora ni nunca lo veáis. Y siempre andáis diciendo: *Ahora lo veredes*, dijo *Agrages*. Sólo ahora, que a ti y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy *Agrages*, ahora lo veredes, dijo *Agrages*.

Fuése, y púsoseme delante, enfrente de mí, un hom-

brecillo, que parecía remate de cuchar, con pelo de limpiadera, erizado, bermejizo y pecoso.

—Dígame sastre—dije yo.

Y él tan presto dijo:

—Oíd, que no pica. Pues no soy sino solicitador. Y no pongáis nombres a nadie. Yo me llamo *Arbalias*, y os lo he querido decir para que no andéis allá en la vida: «Es un *Arbalias*», a unos y a otros, sin saber a quién lo decís.

Muy enojado, a mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos a la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento y vestido que, juntando lo extraordinario con el desaliño, hacía misteriosa la pobreza.

—Más despacio te he menester que *Arbalias*—me dijo—. Siéntate.

Sentóse y sentéme. Y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecía astilla de *Arbalias*, y no hacía sino chillar y bullir. Díjole el viejo con una voz muy honrada:

—Idos a enfadar a otra parte, que luego vendréis.

—Yo también he de hablar—decía, y no paraba.

—¿Quién es éste?—pregunté.

Dijo el viejo:

—¿No has caído en quién puede ser? Este es *Chisgaravis*.

—Doscientos mil éstos andan por Madrid—dije yo—, y no hay otra cosa sino Chisgaravises.

Replicó el viejo:

—Este anda aquí cansando los muertos y a los diablos; pero déjate deso y vamos a lo que importa. Yo soy *Pedro*, y no *Pero Grullo*, que quitándome una *d* en el nombre me hacéis el santo fruta.

Es, ¡Dios!, verdad que cuando dijo *Pero Grullo* me pareció que le veía las alas.

—Huélgome de conocerte—repliqué—. ¿Qué, tú eres el de las profecías que dicen de *Pero Grullo*?

—A eso vengo—dijo el profeta estantigua—; deso debemos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y hacéis mucha burla dellas. Estemos a cuentas. Las profecías de *Pero Grullo*, que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros días
Será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿había más que desear? Si fuera lo que Dios quisiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la cudicia. Pues hoy lo menos es lo que Dios quiere y lo más lo que queremos nosotros contra su ley. Y ahora el dinero es todos los querereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere, y el dinero es el Narciso que se quiere a sí mismo y no tiene amor sino a sí. Prosigo:

Si lloviere hará lodos,
Y será cosa de ver
Que nadie podrá correr
Sin echar atrás los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante y negadme que esto no es verdad. Diréis que de puro verdad es necesidad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad, ansí, decís que amarga; poca verdad decís que es mentira; muchas verdades, que es necesidad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? Y sois tan necios, que no habéis echado de ver que no es tan profecía de *Pero Grullo* como decís, pues hay quien corra echando los codos adelante, que son los médicos, cuando vuelven la mano atrás a recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,
Será el casado marido,
Y el perdido más perdido,
Quien menos guarda y más da.

Ya estás diciendo entre ti: «¿Qué perogrullada es ésta?» *El que tuviere tendrá*—replicó luego—. Pues así es. Que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; sólo tiene el que tiene y no gasta. Y quien tiene poco, tiene, y si tiene dos pocos, tiene algo, y si tiene dos algos, más es, y si tiene dos mases, tiene mucho, y si tiene dos muchos, es rico. Que el dinero (y llevaos esta doctrina de *Pero Grullo*) es, como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan, enemigo de que le guarden, que se anda tras los que no le merecen y, al cabo, deja a todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero,

que no parece sino que ha sido cotorrera, habéis de ver a cuán ruin gente le da el Señor, y en esto conoceréis lo que son los bienes deste mundo, en los dueños dellos. Echad los ojos por esos mercaderes, si no es que estén ya allá, pues roban los ojos. Mirad esos joyeros, que, a persuasión de la locura, venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recién casados. ¡Pues qué si vais a la platería! No volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer a un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo, y, no sintiendo los artejos el peso, está aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres a Dios y a la ventura y ladrones a diablos y desgracia. Tras éstos se anda el dinero. Y ¿no tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia de comunicarle ningún deseo? Dejemos esto y vamos a la segunda profecía, que dice: *Será el casado marido*. Vive el cielo de la cama (dijo muy colérico, porque hice no sé qué gesto oyendo la grullada), que si no os oís con mesura y si os rezumáis de carcajadas, que os pele las barbas. Oíd noramala, que a oír habéis venido y a aprender. ¿Pensáis que todos los casados son maridos? Pues mentís, que hay muchos casados solteros y muchos solteros maridos. Y hay hombre que se casa para morir doncel, y doncella que se casa para morir virgen de su marido. Y habéisme engañado y sois maldito hombre, y aquí han venido mil muertos diciendo que los habéis muerto a puras bellaquerías. Y certíficoos que si no mirara..., que os arrancara las narices y los ojos, bella-

conazo, enemigo de todas las cosas. Reíos también de esta profecía:

Las mujeres parirán
Si se empuñan y parieren,
Y los hijos que nacieren,
De cuyos fueren serán.

¿Veis que parece bobada de Pero Grullo? Pues yo os prometo que si se averiguara esto de los padres, había de haber una confusión de daca mi mayorazgo y toma tu herencia. Hay en esto de las barrigas mucho que decir, y como los hijos es una cosa que se hace a oscuras y sin luz, no hay quien averigüe quién fué concebido a escote ni quién a medias, y es menester creer el parto, y todos heredamos por el dicho del nacer, sin más acá ni más allá. Esto se entiende de las mujeres que meten oficiales; que mi profecía no habla con la gente honrada, si algún maldito como vos no lo tuerce. ¿Cuántos pensáis que el día del juicio conocerán por padre a su paje, a su escudero, a su esclavo y a su vecino? Y ¿cuántos padres se hallarán sin descendencia? Allá lo veréis.

—Esta profecía y las demás—dije yo—no las consideramos allá desta manera, y te prometo que tienen más veras de las que parecen, y que, oídas en tu boca, son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio.

—Pues oye—dijo—otra:

Volaráse con las plumas,
Andaráse con los pies,
Serán seis dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engañáis, que eso fuera necedad. Dígolo por los escribanos y ginoveses, que éstos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y por que vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora y que hay *Pero Grullo* para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías, que a fe que hay que hacer en entenderlo.

Fuése y dejóme un papel en que estaban escritos estos ringlones por esta orden:

Nació viernes de Pasión
Para que zahorí fuera,
Porque en su día muriera
El bueno y el mal ladrón.

Habrá mil revoluciones
Entre linajes honrados,
Restituirá los hurtados,
Castigará los ladrones.

Y si quisiere primero
Las pérdidas remediar,
Lo hará sólo con echar
La sogá tras el caldero.

Y en estos tiempos que ensarto
Veréis (maravilla extraña)
Que se desempeña España
Solamente con un Cuarto.

Mis profecías mayores
Verán cumplida la ley
Cuando fuere Cuarto el rey
Y cuartos los malhechores.

Leí con admiración las cinco profecías de *Pero Grullo*, y estaba meditando en ellas, cuando por detrás me llamaron. Volvíme y era un muerto muy

lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo:

—Duélete de mí y, si eres buen cristiano, sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres.

Hincóse de rodillas, y, despedazándose a bofetadas, lloraba como niño.

—¿Quién eres—dije—, que a tanta desventura estás condenado?

—Yo soy—dijo—un hombre muy viejo, a quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro*, y me conocerás, pues no hay cosa que no la diga el *Otro*. Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: «Como dijo el *Otro*.» Yo no he dicho nada ni despego la boca. En latín me llaman *Quidam*, y por esos libros me hallarás abultando ringlones y llenando cláusulas. Y quiero, por amor de Dios, que vayas al otro mundo y digas cómo has visto al *Otro* en blanco y que no tiene nada escrito, y que no dice nada ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí a cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona*; en los enredos, *No sé quién*; en las cátedras, *Cierto autor*, y todo lo soy el desdichado *Otro*. Haz esto y sácame de tanta desventura y miseria.

—Aun aquí estáis, ¿y no queréis dejar hablar a nadie?—dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico; y asiéndome de un brazo, dijo:

—Oíd acá, y pues habéis venido por estafeta de los muertos a los vivos, cuando vais allá decidles que me tienen muy enfadado todos juntos.

—¿Quién eres?—le pregunté:

—Soy—dijo—*Calainos*.

—¿*Calainos* eres?—dije—. No sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: «Cabalgaba *Calainos*.»

—¿Saben ellos mis cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos. Y no se metan en cuentos conmigo.

—Mucha razón tiene el señor *Calainos*—dijo otro que se allegó— Y él y yo estamos muy agraviados. Yo soy *Cantimpalos*. Y no hacen sino decir: «El ánsar de *Cantimpalos*, que salía al lobo al camino.» Y es menester que les digáis que me han hecho de asno ánsar, y que era asno el que yo tenía, y no ánsar, y los ánsares no tienen que ver con los lobos, y que me restituyan a mi asno en el refrán, y que me lo restituyan luego y tomen su ánsar: justicia con costas, y para ello, etc.

Con su báculo venía una vieja o espantajo, diciendo:

—¿Quién está allá a las sepulturas?

Con una cara hecha de un orejón, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura que parecía planta de pie; la nariz, en conversación con la barbilla, que casi juntándose hacían garra, y una cara de la impresión del grifo; la boca, a la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa a lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las cala-

veras en un mostacho erizado; la cabeza, con temblor de sonajas y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecía, con las muertecillas que colgaban dél, que venía pescando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviación del otro mundo, dije a grandes voces, pensando que sería sorda:

—¡Ah, señoral ¡Ah, madre! ¡Ah, tía! ¿Quién sois? ¿Queréis algo?

Ella, entonces, levantando el *ab initio et ante saecula* de la cara, y parándose, dijo:

—No soy sorda, ni madre ni tía; nombre tengo y trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada.

¡Quién creyera que en el otro mundo hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como ésta! Llegóse más cerca, y tenía los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cementerio. Díjela que perdonase y preguntéle su nombre. Díjome:

—Yo soy *Dueña Quintaño*

—Qué, ¿dueñas hay entre los muertos?—dije maravillado—. Bien hacen de pedir cada día a Dios misericordia más que *requiescant in pace*, descansen en paz; porque si hay dueñas, meterán en ruido a todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvían dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado a dueña perdurable, que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá, me desengaño y me he holgado de verte. Porque por allá

uego decimos: «Miren la *Dueña Quintañoa*, daca la *Dueña Quintañoa*.»

—Dios os lo pague y el diablo os lleve—dijo—, que tanta memoria tenéis de mí y sin habello yo de menester. Decid: ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy *Quintañoa*; ¿no hay deciochenas y setentonas? Pues ¿por qué no dais tras dellas y me dejáis a mí, que ha más de ochocientos años que vine a fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos a recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas a los condenados y guardando cabos de tizonas como de velas, y que no habrá cosa cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: «¿Dueña?, no por mi casa.» Con el cielo no quiero nada, que las dueñas en no habiendo a quién atormentar y un poco de chisme perecemos. Los muertos también se quejan de que no los dejo ser muertos como lo habían de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo; mas quiero estar aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida y sentada a la orilla de una tarima guardando doncellas, que son más de trabajo que de guardar. Pues, en viniendo una visita, ¿aquel *llamen a la dueña*? Y a la pobre dueña todo el día le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, *llamen a Alvarez, la dueña le tiene*. Si falta un retacillo de algo, *la dueña estaba allí*. Que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algún chisme hay, ¡alto!, a la dueña. Y somos la gente más bien aposentada en el mundo,

porque en el invierno nos ponen en los sótanos y los veranos en los zaquizamíes. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso, y tienen razón, porque ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. Pues ¡cuando en una visita de señoras hay conjunción de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lantejas y pronostican candiles y veladores y tijeras de despabilar. Pues ¡qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos, de años o ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías y poniéndose cada una a las espaldas de su ama a entristecerlas, las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataúd, la llevan los pícaros arrastrandol. Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo que volver a ser dueña. Pues hubo caminante que, preguntando dónde había de parar una noche de invierno, yendo a Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo que si había adónde parar antes o después. Dijéronle que no, y él a esto, dijo:

—Más quiero parar en la horca que en Dueñas.

Y se quedó fuera, en la picota. Sólo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendición, que

para decir que destruirán a uno dicen que le pondrán cual digan dueñas, ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refrán y me dejen descansar a mí, que estoy muy vieja para andar en refranes y querría andar en zancos, porque no deja de cansar a una persona andar de boca en boca.

Muy angosto, muy a teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos y una esclavina por capa y un soportal por sombrero, amarrado a una espada, se llegó a mí un rebozado y llamóme en la seña de los sombrereros.

—Ce, ce—me dijo.

Yo le respondí luego. Llegúeme a él y entendí que era algún muerto envergonzante. Preguntéle quién era.

—Yo soy el malcosido y peor sustentado *don Diego de Noche*.

—Más precio haberte visto—dije yo—que a cuanto tengo. ¡Oh, estómago aventurero! ¡Oh, gazzate de rapiñal ¡Oh, panza al trotel ¡Oh, susto de los banquetes! ¡Oh, mosca de los platos! ¡Oh, sacabocados de los señores! ¡Oh, tarasca de los convites y cáncer de las ollas! ¡Oh, sabañón de las cenas! ¡Oh, sarna de los almuerzos! ¡Oh, sarpullido del mediodía! No hay otra cosa en el mundo sino cofrades, discípulos e hijos tuyos.

—Sea por amor de Dios—dijo *don Diego de Noche*—, que esto me faltaba por oír: mas, en pago de mi paciencia, os ruego que os lastiméis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno por las picaduras del verano, sin poder hartar

estas asentaderas de gregüescos; el jubón en pelo sobre las carnes, el más tiempo en ayunas de camisa, siempre dándome por entendido de las mesas ajenas; esforzando, con pistos de cerote y ramplones, desmayos de calzado; animando a las medias a puras sustancias de hilo y aguja. Y llegué a estado en que, viéndome calzado de geomancia, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté la pierna y dejé correr. No se vió jamás socorrido de pañizuelos mi catarro, que, afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo. Y si acaso alcanzaba algún pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y, haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba a oscuras. En el vestir he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto: hasta espadas, que dicen que no hay ninguna sin vuelta, si todos me las prestasen, todas serían sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida y aborrecídola, decían todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podía esperar era un bostezo o un parasismo, porque todos esperaban el *déme vuesa merced, présteme, hágame merced*, y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oía: *No hay qué dar, Dios le provea, cierto que no tengo, yo me holgara, no hay un cuarto*. Y fui tan desdichado, que a tres cosas siempre llegué tarde. A pedir prestado llegué siempre dos horas después, y siempre me pagaban con decir: «Si llegara vuesa

merced dos horas antes, se le prestara ese dinero.» A ver los lugares llegué dos años después, y en alabando cualquier lugar, me decían: «Ahora no vale nada; ¡si vuesa merced lo viera dos años hal!» A conocer y alabar las mujeres hermosas llegué siempre tres años después, y me decían: «Tres años atrás me había vuesa merced de ver, que vertía sangre por las mejillas.» Según esto, fuera harto mejor que me llamaran *don Diego Después*, que no *don Diego de Noche*. Decir que después de muerto descanso, aquí estoy y no me harto de muerte: los gusanos se mueren de hambre conmigo, y yo me como a los gusanos de hambre, y los muertos andan siempre huyendo de mí por que no les pegue el *don* o les hurte los huesos o les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí por que no me meta de gorra a calentarme, y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos don Diegos hay allá, de quien pueden echar mano. Déjenme con mi trabajo, que no viene muerto que luego no pregunte por *don Diego de Noche*. Y diles a todos los *dones* a teja vana, caballeros chirles, hacia-hidalgos y casi-dones, que hagan bien por mí. Que estoy penando en una bigotera de fuego, porque, siendo gentilhombre mendicante, caminaba con horma y bigotera a un lado y molde para el cuello y la bula en el otro. Y esto y sacar mi sombra llamaba yo mudar mi casa.

Desapareció aquel caballero visión, y dió gana de comer a los muertos, cuando llegó a mí, con la mayor prisa que se ha visto, un hombre alto y flaco, menu-do de facciones, de hechura de cerbatana, y, sin dejarme descansar, me dijo:

—Hermano, dejaldo todo presto luego, que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habéis de ir al instante a oírlos y hacer lo que os mandaren sin replicar y sin dilación luego.

Enfadóme la prisa del diablo del muerto, que no vi hombre más súpito, y dije:

—Señor mío, esto no es cochite hervite.

—Sí es—dijo muy demudado—. Dígoos que yo soy *Cochitehervite*, y el que viene a mi lado (aunque yo no le había visto) es *Trochimochi*, que somos más parecidos que el freír y el llover.

Yo, que me vi entre *Cochitehervite* y *Trochimochi*, fuí como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas a un lado, y dijo *Cochitehervite*:

—Aquí está *doña Fájula*, *Mari-Zápalos* y *Mari-Rabadilla*.

Dijo *Trochimochi*:

—Despachen, señoras, que está detenida mucha gente.

Doña Fájula dijo:

—Yo soy una mujer muy principal.

—Nosotras somos—dijeron las otras—las desdichadas que vosotros los vivos traéis en las conversaciones disfamadas.

—Por mí no se me da nada—dijo *doña Fájula*—; pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas y que me dijo un día el papel: «Señora, tanto mejor me hallara en andrajos en los muladares, que en coplas en las comedias cuanto no lo sabré encarecer.» Fuí

mujer de mucho valor y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué cuando en las comedias un vasallo, arrodillado, dice al rey: *Dame esos pies*, responde siempre: *Los brazos será mejor*. Que la razón era, en diciendo: *Dame esos pies*, responder: *¿Con qué andaré yo después?* Sobre la hambre de los lacayos y el miedo tuve grandes peloterías con él. Y tuve buenos respetos: que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo y era compasión. No me pagarán esto sus padres dellas en su vida. Fuíle a la mano en los dotes de los casamientos para acabar la maraña en la tercera jornada, por que no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, por que no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Corpus. Decíale yo: «Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el diablo con grande brío, hablando a voces, gritos y patadas y con un brío que parece que todo el teatro es suyo y poco para hacer su papel, como quien dice: «¡Huela la casa al diablo!» Por vida vuestra que hagáis un auto donde el diablo no diga esta boca es mía, y, pues tiene por qué callar, no hable y que hable quien puede y tiene razón, y enójese en un auto. Que, aunque es la misma paciencia, tal vez se indignó y tomó el azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras y hizo ruido.» Hí-

cele que, pues podía decir Padre eterno, no dijese Padre eternal; ni Satán, sino Satanás: que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo bu, bu, bu, y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que a todos les daban de palos, y con todos sus palos hacían los entremeses. Cuando se dolían dellos: «Duélanse—decía yo—de las comedias que acaban en casamientos y son peores, porque son palos y mujer.» Las comedias que oyeron esto, por vengarse, pegaron los casamientos a los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barbería, guitarricas y cántico.

—¿Tan malas son las mujeres—dijo *Mari-Zápalos*—, señora *doña Fáfula*?

Doña Fáfula, enfadada y con mucho toldo, dijo:

—¡Miren con qué nos viene ahora *Mari-Zápalos*!

Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y así se asieron, porque *Mari-Rabadilla*, que estaba allí, no pudo llegar a meterlas en paz, que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla se estaban dando de puñadas.

—Mirad—decía *doña Fáfula*—que digáis en el mundo quién soy.

Decía *Mari-Zápalos*:

—Mirá que digáis cómo la he puesto.

Mari-Rabadilla dijo:

—Decidles a los vivos que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, qué mal les hacen a ellos. ¡Cuánto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como *don Diego de Noche* y otros cofrades de su talle!

Apartéme de allí, que me hendía la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo:

—Pío, pío.

Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pío Eneas por el perro muerto a la zacapela, cuando oigo decir:

—Allá va *Marta* con sus pollos.

—Válate el diablo, ¿y acá estás? ¿Para quién crías esos pollos?—dije yo.

—Yo me lo sé—dijo ella—: críolos para comérmelos, pues siempre decís: «Muera *Marta* y muera harta.» Y decides a los del mundo que quién canta bien después de hambriento, y que no digan necedades, que es cosa sabida que no hay tono como el del ahito. Decídes que me dejen con mis pollos a mí y que repartan esos refranes entre otras *Martas*, que cantan después de hartas. Que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refrán.

¡Oh, qué voces y gritos se oían por toda aquella simal! Unos corrían a una parte y otros a otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces que decían:

—Yo no te quiero, nadie te quiere.

Y todos decían esto.

Cuando yo oí aquellos gritos, dije:

—Sin duda es éste algún pobre, pues no le quiere nadie: las señas de pobre son, por lo menos.

Todos me decían:

—Hacia ti, mira que va a ti.

Y yo no sabía qué me hacer, y andaba como un loco mirando dónde huir, cuando me asió una cosa, que apenas divisaba lo que era, como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pie el cabello, sacudióme el temor los huesos.

—¿Quién eres, o qué eres o qué quieres—le dije—, que no te veo y te siento?

—Yo soy—dijo—el alma de *Garibay*, que ando buscando quién me quiera, y todos huyen de mí, y tenéis la culpa vosotros los vivos, que habéis introducido decir que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo. Y en esto decís una mentira y una herejía. La herejía es decir que no la quiso Dios: que Dios todas las almas quiere y por todas murió. Ellas son las que no quieren a Dios. Así que Dios quiso el alma de *Garibay* como las demás. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo. ¿Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto. Que, pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres ni sombrereros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo, pues veo, según esto, que me quiso por poderes, y esta mujer, en virtud dellos, me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo y andar entre los desalmados corchetes y mohatrereros, que, por tener alma, todos me reciben. Y así, todos estos y los demás oficios deste jaez tienen el ánima de *Garibay*. Y decildes que muchos dellos, que allá dicen que el

alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen a *Garibay* y miren por sí.

En esto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciéndola:

—Aguarda, mi alma.

No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar y casi todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso cuando se llegaron a mí *Perico de los Palotes y Pateta, Juan de las calzas blancas, Pedro por demás, el Bobo de Coria, Pedro de Urdemalas*, así me dijeron que se llamaban, y dijeron:

—No queremos tratar del agravio que se nos hace a nosotros en los cuentos y en conversaciones, que no se ha de hacer todo en un día.

Yo les dije que hacían bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que había visto, que no me acordaba de nada.

—Sólo queremos—dijo *Pateta*—que veas el retablo que tenemos de los muertos a puro refrán.

Alcé los ojos y estaban a un lado el *santo Macarro*, jugando al abejón, y a su lado el de *santo Leprisco*. Luego, en medio, estaba *san Ciruelo* y muchas mandas y promesas de señores y príncipes aguardando su día, porque entonces las harían buenas, que sería el día de *san Ciruelo*. Por encima dél estaba el *santo de Pajares y fray Jarro*, hecho una bota, por sacristán junto a *san Porro*, que se quejaba de los carreteros. Dijo *fray Jarro*, con una vendimia por ojos, escupiéndome racimos y oliendo a lagares, hechas las manos

dos piezgos y la nariz espita, la habla remostada con un tonillo del carro:

—Estos son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios.

Yo me quería ir y oigo que decía el *santo de Pajares*:

—¡Ah, compañero! decildes a los del siglo que muchos picarones, que allá tenéis por santos, tienen acá guardados los pajares, y lo demás que tenemos que decir se dirá otro día.

Volví las espaldas y topé cosido conmigo a *don Diego de Noche*, rascándose en una esquina, y conocíle y díjele:

—¿Es posible que aun hay que comer en vuesa merced, señor don Diego?

Y díjome:

—Por mis pecados soy refitorio y bodegón de piojos. Querría suplicaros, pues os vais y allá habrá muchos y acá no se hallan por el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me enviéis algún mondadientes. Que, como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y, al fin, se masca y se chupa y hay algo entre los dientes, y, poco a poco, se roe. Y si es de lentisco, es bueno para las opilaciones.

Dióme grande risa y apartéme dél huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredón a puros concomos.

Dando gritos y alaridos venía un muerto, diciendo:

—A mí me toca, yo lo sabré, ello dirá, entenderémonos, ¿qué es esto?

Y otras razones tales.

—¿Quién es éste tan entremetido en todas las cosas?

Y respondiíme un difunto:

—Este es *Vargas*, que, como dicen: *Averigüelo Vargas*, viene averiguándolo todo.

Topó en el camino a *Villadiego*. El pobre estaba afligidísimo, hablando entre sí. Llamóle, y díjole:

—Señor *Vargas*, pues vuesa merced lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fueron las de *Villadiego*, que todos las toman. Porque yo soy *Villadiego*, y en tantos años no lo he podido saber ni las echo menos, y querría salir, si es posible, deste encanto.

Vargas le dijo:

—Tiempo hay, que ahora ando averiguando cuál fué primero, la mentira o el sastre. Porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir si no había sastres? Y si fueron primero los sastres, ¿cómo pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto, volveré.

Y con esto se desapareció. Venía tras él *Miguel de Vergas*, diciendo:

—Yo soy el Miguel de las negaciones sin qué ni para qué, y siempre ando con un *no* a las ancas: *Eso no, Miguel de Vergas*. Y nadie me concede nada, y no sé por qué ni qué he hecho.

Más dijera, según mostraba pasión, si no llegara una pobre mujer cargada de bodigos y llena de males y plañiendo.

—¿Quién eres—la dije—, mujer desdichada?

—La *manceba del Abad*—respondió ella—, que

anda en los cuentos de niños partiendo el mal con el que le va a buscar, y así dicen las empuñadoras de las consejas: «Y el mal para quien le fuere a buscar y para la *manceba del Abad*.» Yo no descaso a nadie; antes hago que se casen todos. ¿Qué me quieren, que no hay mal, venga por donde viniere, que no sea para mí?

Fuése y quedó a su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva.

—¿Quién eres—le dije—, tan aciago, que, como dicen, para martes sobras?

—Yo soy—dijo—*Mátalascallando*, y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es a puro hablar, y esos son *Mátalashablando*. Que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de llamar *Resucítalascallando*. Y no que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante matando a cuantos los oyen, y así hay infinitos oídos con mataduras.

—Así es verdad—dijo *Lanzarote*—, que a mí me tienen ésos consumido a puro lanzarotar con si viene o no viene de Bretaña, y son tan grandes habladores, que, viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban dél
Y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Bueno estuviera el rocín en poder de dueñas!

¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas, por ser mozas, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que convenía.

• —Crean al señor *Lanzarote*—dijo un pobre mozo, sencillo, humilde y caribobo—, que yo lo certifico.

—¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos?

—Yo soy el pobre *Juan de buena alma*, que ni me ha aprovechado tener buen alma ni nada para que me dejen ser muerto. ¡Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! Es *Juan de buen alma*, dicen al marido que sufre, y al galán que engañan, y al hombre que estafan, y al señor que roban, y a la mujer que embelecán. Yo estoy aquí sin meterme con nadie.

—Eso es nonada—dijo *Juan Ramos*—, que, voto a Cristo, que los diablos me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar: daca la gata de *Juan Ramos*, toma la gata de *Juan Ramos*. Y ahora no hay doncellita ni contadorcito, que ayer no tenía que contar sino duelos y quebrantos, ni secretario, ni ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, ni juez, ni pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de *Juan Ramos*. Y todo soy gatas, que parezco a febrero. Y quisiera ser antes *sastre del Campillo* que *Juan Ramos*.

Tan presto saltó el *sastre del Campillo*, y dijo que quién metía a *Juan Ramos* con el *sastre*. Y él dijo que no mejoraba de apellido, aunque mudaba de sexo.

—Pues dijeran el gato de *Juan Ramos*, y no la gata.

Si dijeran, no dijeran, el *sastre* desconfió de las

tijeras y fió de las uñas, con razón, y empezóse una brega del diablo. Viendo tal escarapela, íbame poco a poco y buscando quién me guiase, cuando, sin hablar palabra ni chistar, como dicen los niños, un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco y cerré con él. Metiéronnos en paz. Decía el muerto:

—Déjenme a ese bellaco, deshonorabuenos. Voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá.

Yo estaba colérico, y díjele:

—Llega y te tornaré a matar, infame, que no puedes ser hombre de bien: llega, cabrón.

¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar a mí y yo a él. Llegáronse otros muertos y dijeron:

—¿Qué habéis hecho? ¿Sabéis con quién habláis? ¿A *Diego Moreno* llamáis cabrón? ¿No hallastes sabandijas de mejor frente?

—¿Qué, éste es *Diego Moreno*?—dije yo.

Enojéme más y alcé la voz, diciendo:

—Infame, pues ¿tú hablas? ¿Tú dices a los otros deshonorabuenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que éste ande aquí. ¿Qué le he hecho yo?

—Entremés—dijo tan presto *Diego Moreno*—. ¿Yo soy cabrón y otras bellaquerías que compusiste a él semejantes? ¿No hay otros *Morenos* de quien echar mano? ¿No sabías que todos los *Morenos*, aunque se llamen *Juanes*, en casándose se vuelven *Diegos* y que el color de los más maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo que no hayan hecho otros muchos más? ¿Acabóse en mí el cuerno? ¿Levantéme yo a mayores con la

cornamenta? ¿Encareciéronse por mi muerte los cabos de cuchillos y los tinteros? Pues ¿qué los ha movido a traerme por tablados? Yo fuí marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba: sietedurmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podía echar a la bolsa no lo echaba a mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: «Dios me le guarde a mi *Diego Moreno*, que nunca me dijo malo ni bueno.» Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno ducientas veces. Y si está el remedio en eso, a los cabronazos que hay ahora en el mundo decildes que se anden diciendo malo y bueno a sus mujeres, a ver si les desmocharán las sienes y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro: yo dicen que no dije malo ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decía ¡malol; y en viendo salir ginoveses, decía ¡buenol Si vía con mi mujer galancetes, decía ¡malol; si vía mercaderes, decía ¡buenol Si topaba en mi escalera valientes, decía ¡remalol; si encontraba obligados y tratantes, decía ¡rebuenol Pues ¿qué más bueno y malo había de decir? En mi tiempo hacía tanto ruido un marido postizo, que se vendía el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia y se ponen a maridos como a sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería. Y anda el negocio de suerte, que, si volviera al mundo, con ser el propio *Diego Moreno*, a ser cornudo, me pusiera a platicante y aprendiz delante del acatamiento de los que peinan medellín y barban de cabrío.

—¿Para qué son esas humildades —dije yo— si fuiste

el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios, el primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas, el primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy solo a escribir de día y de noche entremeses de tu vida.

—No irás esta vez—dijo.

Y asímonos a bocados, y a la grito y ruido que traíamos, después de un vuelco que di en la cama, diciendo: «¡Válgate el diablo! ¿Ahora te enojas? Propia condición de cornudos enojarse después de muertos...» con esto me hallé en mi aposento tan cansado y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad y la peregrinación no hubiera sido sueño. Con todo eso, me pareció no despreciar del todo esta visión y darle algún crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan y que, gente sin pretensión y desengañada, más atienden a enseñar que a entretener.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

	<u>Páginas.</u>
EL MUNDO POR DE DENTRO.	5
A D. Pedro Girón, duque de Osuna, marqués de Peñafiel, conde de Ureña.	5
Al lector.	5
Discurso.	7
VISITA DE LOS CHISTES.	31
A Doña Mirena Riqueza.	31
A quien leyere.	32
Discurso	32

OBRAS VARIAS

DE

BIOLOGIA Y MEDICINA

EDITADAS POR CALPE Y PUBLICADAS BAJO LA
DIRECCIÓN DE LOS DOCTORES RAMÓN Y CAJAL,
GOYANES, MADINAVRITIA, PITTALUGA Y LAPORA.

VOLUMENES EN VENTA

- A. R. Cushny.—La secreción de la orina.—Traducido del inglés por el doctor Sopena (J.).—Un tomo, 16 pesetas.
- R. Turró.—Los fermentos defensivos de la inmunidad natural y adquirida.—Un tomo, 8 pesetas.
- R. C. Cabot.—Ensayos de Medicina social.—Traducido del inglés por la doctora González Barrio (N.).—Un tomo, 5 pesetas.
- Hewlett.—Manual de Bacteriología. — Traducido del inglés por el profesor Sadí de Buen.—Un voluminoso tomo con muchos grabados. En rústica, 27 pesetas; en tela, 30.
- Enrique Suñer.—Enfermedades de la infancia (segunda edición).—En rústica, 90 pesetas; en tela, 105.
- Eakuchen.—La punción lumbar.—Traducido del alemán por el doctor Corral (J. M.^a de).—En rústica, 10 pesetas; en tela, 13.
- E. Fernández Galiano.—Morfología y biología de los protozoos.—Un volumen, 12 pesetas.

Fourneau y Madinaveitia.—Síntesis de medicamentos orgánicos.—Un tomo, 20 pesetas.

Nicolle.—Antígenos y anticuerpos.—Traducido del francés por el doctor Jiménez (J.).—Un tomo, 3,50 pesetas.

Bigotteau y Bissauge.—Enfermedades del carnero.—Traducido del francés por Campuzano (T. R.).—En rústica, 12 pesetas; en tela, 15.

Garrison.—Historia de la Medicina.—Traducido del inglés por el doctor García del Real (E.).—Dos tomos, con muchas ilustraciones.—En rústica, 40 pesetas; en tela, 50.

Albee.—Cirugía de los injertos óseos.—Traducido del inglés por el doctor Mata (T. R.).—En rústica, 15 pesetas; en tela, 18.

Guttman.—Elementos de Física.—Traducido del alemán por el profesor Palacios (J.).—Un tomo en rústica, con muchas ilustraciones, 12 pesetas.

Oreste.—Enfermedades infecciosas de los animales domésticos.—Traducido del italiano por García Izarra (D.) y Pittaluga (G.).—En rústica, 20 pesetas; en tela, 25.

Serrallach.—Higiene y peligros de la generación.—Un tomo, con grabados y láminas, 3 pesetas.

EN PRENSA

Hertzler.—El peritoneo.—Traducido del inglés por el doctor Torre y Blanco (J.).

Gradwohl y Blaivas.—Nuevos métodos de análisis químico de la sangre y la orina.—Traducido del inglés por el doctor Corral (J. M.^o de).

Hoffmann.—Los médicos alemanes en la guerra mundial.—Traducido del alemán por varios médicos españoles.

Schwalbe.—Tratamiento de las enfermedades urgentes. Traducido del alemán por diversos especialistas españoles.

Müller.—Terapéutica del médico práctico.—Traducido del alemán por varios médicos españoles.

Noorden.—La diabetes y su tratamiento.—Traducido del alemán por el doctor Deleito (G.).

Winterstein.—La narcosis.—Traducido del alemán por el doctor Goyanes (J.).

Eichwald y Fodor.—Fundamentos físicoquímicos de la Biología.—Traducido del alemán por el profesor Palacios (J.).

Newman.—La biología de los gemelos (mamíferos).—Traducido del inglés por Zulueta (A. de).

Max Nonne.—Sífilis y sistema nervioso.—Traducido del alemán por Martín Alcalá (L.).

Raecke.—Compendio de diagnóstico psiquiátrico.—Traducido de la octava edición alemana por Mira (E.).

PRÓXIMAMENTE

Elementos de higiene, por el profesor Hugo Selter, director del Instituto de Higiene de la Universidad de Königsberg.

Tratado de dietética, por el doctor Theodor Brugsch.

Técnica auxiliar médica, por el profesor G. Freichser von Saar.

Tratado de psiquiatría, por el profesor Bleuler.

LOS GRANDES VIAJES CLASICOS

VOLÚMENES PUBLICADOS POR CALPE:

- 1 y 2.—Speke (J. H.): Diario del descubrimiento de las fuentes del Nilo.—Dos tomos, con grabados y un mapa. Cada tomo, 4 pesetas.
- 3 y 4.—Bougainville (L. A. de): Viaje alrededor del mundo. Dos tomos, con cartas y grabados. Cada tomo, 3,50 pesetas.
- 5 y 6.—Bernier (F.): Viajes al Gran Mogol, Indostán y Cachemira. Dos tomos, con grabados, láminas y cartas. Cada tomo, 3 pesetas.
- 7.—La Condamine (C. de): Viaje a la América Meridional. Un tomo, con una lámina y un mapa, 3 pesetas.
- 8.—Matthews (J.): Viaje a Sierra Leona, en la costa de Africa. Un volumen, con un mapa, 2,50 pesetas.
- 9 y 10.—Darwin (C.): Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo. Dos tomos, con grabados y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
- 11, 12 y 13.—Cook (J.): Relación de su primer viaje alrededor del mundo. Tres tomos. En prensa.
- 14, 15 y 16.—Cook (J.): Viaje hacia el Polo Sur y alrededor del mundo. Tres tomos, con 32 grandes láminas fuera de texto y mapas. Cada tomo, 4 pesetas.
- 17.—Núñez Cabeza de Vaca (Alvar): Naufragios y comentarios de... Un tomo, con mapas, 4,50 pesetas.
- 18.—Colón (Cristóbal): Viajes. Un tomo, con un mapa, 4 pesetas.

EN PRENSA

Ross (John): Narración de un segundo viaje en busca del paso del Noroeste. Dos tomos.

Mungo Park: Viajes por las regiones interiores de Africa.

López de Gomara (F): Historia general de las Indias. Dos tomos.

Hernán Cortés: Cartas de relación sobre la conquista de Méjico. Dos tomos.

Cieza de León (Pedro): La crónica del Perú.

Pigafetta: Primer viaje alrededor del mundo.

Dumont D'Urville: Viaje alrededor del mundo.

Camerón: A través del Africa.

Schweinfurth: En el corazón del Africa.

Burton (R.): Aventuras en el Dahomey.

Clavijo (Ruy González de): Vida y hazañas del Gran Tamorlán.

Bonneville (B. L. E.): Las montañas rocosas.

Hernández (Luis): Relación de Omagua y El Dorado.

Clapperton: Viaje al Africa Central.

Wood Rogers: Viaje alrededor del mundo.

La Perouse: Viaje alrededor del mundo.

Carver (Jonathan): Viajes por el interior de América Septentrional, 1766-1768.

Caillié (Renato): Diario de un viaje a Tumbuctu y a Yenne, en el Africa Central.

Dampier (Guillermo): Nuevo viaje alrededor del mundo, 1697.

LOS GRANDES VIAJES MODERNOS

OBRAS PUBLICADAS POR CALPE:

Ansorge: Bajo el sol africano. Un tomo de 432 páginas, con 123 grabados, 14 láminas fuera de texto y portada a varios colores, 20 pesetas.

Charcot: El «Pourquoi-pas?» en el Antártico. Un tomo de 478 páginas, con 121 grabados, 43 láminas y tres mapas, cubiertas a varios colores, 20 pesetas.

Sverdrup: Cuatro años en los hielos del Polo. Dos tomos, con 908 páginas, 35 láminas, 104 grabados y cinco mapas en colores. Cada tomo, 20 pesetas.

Haviland: De la «taiga» y de la «tundra». (La vida en el Bajo Yenisei.) Un volumen de 320 páginas, con numerosos grabados, 15 pesetas.

Alexander: Del Níger al Nilo. Dos tomos. El tomo I consta de 436 páginas, con 27 láminas y 99 figuras. El tomo II tiene 460 páginas, con 24 láminas, 98 figuras y un mapa. Cada tomo, 20 pesetas.

Orjan Olsen: Los soyotos. Nómadas pastores de renos. Un volumen de 240 páginas, con 49 figuras, 8 láminas y un mapa, 14 pesetas.

EN PRENSA

Algot Lange: El Bajo Amazonas.

Erland Nordenskjold: Exploraciones y aventuras en la América del Sur.

Sven Hedin: Transhimalaya.